

retablos que revestian y ocultaban antiguamente los esbeltos pilares del templo, exclamaban vascónica y magistralmente :

— ¡A perder han echado!

## IV.

## EMBOSCADA.

Francisco y yo emprendimos la vuelta á la villa, porque el sol doraba con sus últimos rayos el pináculo de las Banderas.

Como yo apenas conocia los sitios por donde íbamos, dejábame guiar de Francisco, á quien, sin embargo, dije, viendo que al entrar en la llanada de Abando tomábamos la estrada de Elejabarri, que es á la izquierda, en vez de inclinarnos á la derecha, que era hácia donde estaba Bilbao :

— Me parece que rodeamos yendo por aquí.

— Pero hallarémos un buen descansadero para continuar nuestro camino, me contestó Francisco sonriendo afectuosamente.

Al llegar á la campa de Elejabarri, que es hermosa y está sombreada de grandes robles, creí que aquel fuese el descansadero de que hablaba Francisco; pero sólo nos detuvimos allí para descubrirnos la cabeza delante de la ermita de San Juan, y seguimos adelante tomando una nueva estrada.

Aquella ermita, que conserva y cuida con piadoso esmero la ilustre familia de Nobia, de cuya antigua casa

solariega da testimonio un cercado con cubos en sus ángulos que se ve enfrente, trae á mi memoria un triste recuerdo que voy á consignar en este libro para que se vea cómo germina en los corazones más sanos la semilla del mal que esparcen los necios ó malvados.

Existia en Bilbao una piadosa y benéfica asociacion de operarios del arte de imprimir y sus afines, bajo la advocacion y proteccion del mártir San Juan Ante-portamlatinam, á quien tambien en Madrid tienen por patrono los operarios de los mismos gremios. Aquel santo es el que se venera en la ermita de Elejabarri, donde la asociacion celebraba el 6 de Mayo una solemne fiesta religiosa, y luégo pasaba el resto del dia entregada con su familia y amigos á honestos solaces en el hermoso campo inmediato.

Quando á consecuencia de la revolucion política de 1868 empezóse á dar desde los periódicos, desde los folletos, desde los libros y hasta desde la tribuna parlamentaria y gubernamental la inesperada y portentosa nueva de que no habia Dios, y por consecuencia no habia santos ni cielo, los buenos, los honrados, los piadosos impresores de Bilbao, sin duda se apresuraron á creer aquella triste nueva, pues despojaron al santo mártir del protectorado de su asociacion y se le dieron á Gutenberg. Los impresores de Madrid fueron ménos crédulos, sin duda porque conocian más de cerca á los que daban la nueva de que no habia Dios, y continuaron invocando la proteccion del mártir romano en el concepto de santo, y honrando á Gutenberg sólo en el concepto de inventor de la imprenta.



En 1873 tenía yo parte en la redaccion literaria de un periódico bilbaíno, y habiendo visto en los de Madrid algunos renglones en que se daba noticia de la fiesta religiosa con que los impresores madrileños habian celebrado el dia de su patrono San Juan Ante-portam-latinam, corté aquellos renglones, y sin comentario alguno los di á la imprenta.

Como en el número inmediato no apareciesen, llamé al regente y le pregunté la causa de su omision.

—Dispénsenos V., me contestó, el que no los hayamos compuesto.

—¿Y por qué no los han compuesto VV.?

—Porque nos hacian poco favor.

—¿Poco favor á VV. lo que honra á sus colegas de Madrid?

—Sí, señor, porque en Bilbao es público y notorio que nosotros hemos sustituido á San Juan con Gutenberg.

—¿Y creen VV. que el recuerdo de esa sustitucion les hace poco favor?

—Yo le diré á V...

—¡Ah! exclamé, no me diga V. nada y déjeme creer que VV. continúan haciendo lo que hacen sus hermanos de Madrid el dia que experimentan alguno de esos infortunios que sólo pueden encontrar remedio en el cielo: ese dia invocan VV. el amparo de San Juan Ante-portam-latinam, y no el de Gutenberg.

Francisco y yo, atravesando la llanura, salimos á la hermosa estrada de San Mames, que hoy es frecuentísima por paseantes y transeuntes con motivo de haber

establecido la villa su santa casa de misericordia en un grandioso edificio levantado en el solar del antiguo convento de San Mames á expensas del Señorío.

Francisco se detuvo á saludar á una señora que, acompañada de una alegre niña como de nueve años y de una dueña (así se llaman allí las doncellas de labor), estaba cosiendo en un mirador cubierto de verdura y flores que daba sobre el camino y formaba parte del jardinito que precedia á una alegre y modesta casa de campo y á una extensa huerta que avanzaba sobre la ría y la dominaba.

La señora á quien Francisco dió el nombre de doña Mari-Santa, vestia sencilla pero elegantemente; tendria de treinta y cinco á cuarenta años, y era de esas mujeres que, sin ser hermosas, y aún pudiendo ser calificadas de feas, son simpáticas y agradables.

En la naturaleza, por regla general, que como todas tiene sus excepciones, al ménos aparentes, todo está compensado. Casi todas las mujeres que carecen de hermosura física están compensadas con la hermosura moral, es decir, con la bondad y el talento, al paso que casi todas las que tienen la primera de estas hermosuras, carecen de talento, y la bondad es en ellas poco comun.

Yo bien sé que esta afirmacion me va á malquistar con la mitad más amable del género humano, porque aún las mujeres más feas y discretas se tienen cuando ménos por graciosas; pero un deber de conciencia me obliga á aconsejar á los solteros que, al elegir compañera de su vida y de su alma, prefieran la mujer fea, pero agradable, que casi siempre es discreta y buena, á la mujer hermosa, que casi siempre carece de talento y de bondad.



Si recorremos la historia de la humanidad, veremos que casi todos los grandes crímenes del sexo femenino han sido obra de mujeres hermosas.

La hermosura del alma es como la de las siemprevivas, que no se marchita ni envejece. La hermosura del cuerpo es como la de las rosas, que dura una mañana.

—Celebro verla á V. tan laboriosa y entretenida, dijo Francisco á la señora.

—Pues no. crea V., señor D. Francisco, que estoy buena esta tarde, porque esta mañana he tenido un disgusto terrible.

—¡Adios con la colorada! Yo creia que hoy estaba el cielo sereno. ¿Qué le ha ocurrido á V., señora?

—A mí, á Dios gracias, nada, porque no parece sino que Dios derrama cada día su bendición sobre nosotros, pues en casa casi nunca hay siquiera un dolor de cabeza; pero á la pobre Mari-Cruz, la de Iturrizar, se le murió anoche un niño que valia más oro que pesaba, y cuando me trajeron esta mañana la noticia... ¡Pobre Mari-Cruz!...

Y Mari-Santa, al decir esto, se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Ya, ya tenemos lluvia! le dijo Francisco. Veo, doña Mari-Santa, que es V. incorregible.

—Pero, señor D. Francisco, ¿qué he de hacer sino llorar sabiendo lo que las madres queremos á los hijos, y pensando en lo hermoso que era el de la pobre Mari-Cruz!...

—Lo que ha de hacer V. es pensar que el hijo de Mari-Cruz está ya en el cielo.

—Es verdad; ¡pero y la pobre madre!

—Su pobre madre, si no se ha consolado ya, se consolará pensando lo mismo. ¡Pero será posible, señora, que ha de estar V. siempre penando y llorando por los males de casa del vecino, cuando en su propia casa no tiene V. más que bienes!

—Verdad es que eso me sucede; pero por más que usted me predica, y por más que me predicen todos, hasta burlándose de mí algunos, como hace mi hermana Mari-Rosa, no puedo remediarlo. Desde que tuve uso de razon empecé á sentir las penas ajenas como penas propias, y sin variar de condicion me enterrarán, porque ya sabe V. que genio y figura hasta la sepultura.

—¿Y cómo está D. Juan?

—Bueno, á Dios gracias, pero tan aburrido como siempre, porque dice que el tiempo se le hace eterno. Pero á todo esto, ¡qué cabeza la mia! no les he mandado á VV. pasar á descansar un poco. Anda, Ignacia, y abre la verja para que esos señores pasen, y ve en seguida á decir que les traigan chocolate ó un vaso de refresco.

—Gracias, D.<sup>a</sup> Mari-Santa, pero no aceptamos más que la primera parte de su obsequio.

Miéntas la dueña bajaba á abrir la verja del jardin acompañada de la niña, Francisco me dijo por lo bajo:

—Esta es una emboscada que estoy seguro me has de perdonar cuando te la explique.

Francisco dió á besar la mano á Teresita, que así se llamaba la niña, le hizo una caricia, y le regaló una linda estampa de la Inmaculada Concepcion, que á Teresita volvió loca de alegría, y en seguida me presentó á la señora. Esta se mostró alegremente sorprendida al oír mi



nombre, y me pidió permiso, que le otorgué gustosísimo, para tratarme con la confianza de antiguo é íntimo amigo de la familia.

—¿Dónde anda el poeta? preguntó Francisco á la señora con no poca admiración mia, pues si yo habia adivinado que por allí habia poetas de los que cantan «para dentro», ni por el pensamiento me habia pasado que los hubiese de los que «cantan para fuera.»

—El poeta, contestó Mari-Santa sonriendo, esta tarde, como otras, habrá pasado...

—El Helesponto para ver á Hero, ¿no es verdad? la interrumpió Francisco.

—No, señor, la ría para ver á Rosita, replicó Mari-Santa. Señor D. Francisco, no nos venga V. aquí con historias de paganos, que aquí somos cristianos puros, y llamamos al pan pan, y al vino vino, diciendo como D. Antonio en cierto librito que por acá nos sabemos de memoria:

Por San Juan y San Pedro,  
¿somos paganos?  
Hable V. como se habla  
entre cristianos!

Y á propósito de poetas, tengo que pedir á D. Antonio un gran favor, y es el de que se venga por aquí cualquier día de estos, porque tengo que consultar con él un caso muy grave...

—¿De conciencia? preguntó Francisco.

—Sí, señor, de conciencia.

—¿Y para cuando somos los directores espirituales?

—Para cuando la consulta no es á propósito de poetas.

—Pues, señora, me tendrá V. por aquí cualquiera tarde de estas.

—No, mejor es que sea cualquiera mañana para que tengamos el gusto de que nos acompañe V. todo el día.

—El gusto será mio.

—Hablemos claro, D. Antonio, el gusto será de todos.

Anochecia ya, y despidiéndonos de Mari-Santa continuamos camino de la villa.

—Explicame, dije á Francisco, tu emboscada.

—Te la explicaré, porque lo prometido es deuda.

## V.

## EXPLICACIONES.

—Me parece, continuó Francisco, que te he hecho un bien muy grande, y aún que se le he hecho á la buena literatura (pues yo tengo por buena no precisamente la más sábia sino la más sana) con la emboscada cuyo inmediato resultado ha sido relacionarte con la familia de D. Juan de Gorostiza, que así se llama el aburrido pero excelente esposo de Doña Mari-Santa, mi piadosa y buena hija de confesion.

—Ten la bondad de explicarme un poco más todo eso.

—Te lo explicaré. Creo que te he hecho un gran bien, porque con el trato y el estudio de la familia que acaba de ofrecerte su casa, creyéndola muy honrada con tu presencia, gozarás mucho y sentirás mucho consuelo tú que hallas tus mayores delicias en los hogares honrados;